algar

EL ARCA

Chiki Fabregat

El cuento que cambió los cuentos

Ilustraciones de **Ángel Trigo**

Cuenta una leyenda que, cuando las historias aún no se escribían y solo se escuchaban alrededor de las hogueras o a la hora de dormir, Sherezade y Nar se conocieron en las fiestas de la coronación de un rey. Se gustaron nada más verse. A ella le gustó cómo jugaba Nar con las llamas, cómo las lanzaba al aire para que formasen figuras y, sobre todo, lo gracioso que estaba cuando se llevaba las manos a la cara y se le quedaba llena de tiznones negros. A él le gustó cómo Sherezade contaba historias a unos niños. Y hasta le dio un poco de envidia que la escuchasen con tanta atención.

Cuando el cuento de Sherezade iba por la mitad, Nar se acercó y empezó a dibujar figuras de fuego que se parecían a los personajes de los que ella hablaba. Los niños aplaudieron y pidieron más, y los dos juntos siguieron inventando historias y dibujando con fuego hasta que la campana de la torre avisó de que el rey iba a salir al balcón de su palacio.

Y en ese instante, justo en ese instante, la que podía haber sido la historia de amor más bonita de todos los tiempos se rompió para siempre y nació la historia de odio más grande que jamás se ha conocido, porque, cuando el rey salió al balcón, Sherezade vio a un hombre poderoso, alto, guapo y bien vestido, pero solo. Y triste. Tal vez porque es triste ser rey y no tener con quién compartirlo, o tal vez porque sí, porque hay días en los que cuesta sonreír, por muy rey que uno sea.

Sherezade se puso bajo el balcón y saludó con la mano al rey. Él se encogió de hombros y le hizo un gesto para que se acercase, así que la chica se encaminó hacia la puerta del palacio. Nar le dijo que no con los ojos, con la voz, con las manos. Intentó sujetarla. Pero Sherezade siguió caminando hasta donde el rey la esperaba.

Esa noche, Sherezade se sentó junto a él y le contó una historia. Era una historia bonita, dulce, de las que hacen sonreír al corazón. Y al rey. El rey también sonrió con aquella historia. Y con todas las que vinieron después. Y en ese momento, justo en el instante en el que la primera sonrisa asomó a la cara de aquel hombre tan serio y tan triste y tan solo, Sherezade notó un cosquilleo en la espalda. Le pidió al rey que esperase y salió al pasillo para buscar un espejo. El palacio era enorme, así que tardó un buen rato en encontrarlo. Se puso delante, se dio la vuelta para verse la espalda y allí estaban: dos alas finísimas y transparentes como las de una libélula.

Dice también la leyenda que, con aquellas alas, Sherezade se convirtió en la primera plantadora de historias, en la primera persona capaz de poner una semilla de felicidad en quien escuchara sus cuentos.

El rey se olvidó pronto de la tristeza y descubrió que le gustaba mucho estar con Sherezade. Ella también descubrió que le gustaba mucho estar con el rey, así que se casaron y vivieron muchos años juntos y felices. Llenaron el reino de hijos, nietos, bisnietos y, sobre todo, llenaron

el reino de historias de las que hacen sonreír al corazón.

Una noche, cuando ya había muchos hijos y nietos y bisnietos en el reino, Sherezade se levantó sin hacer ruido, fue hasta la cocina del palacio y, con un cuchillo enorme, se cortó las alas. No le dolió, porque eran unas alas mágicas y porque, en los cuentos, las cosas no siempre son como en la vida real. Las agarró con mucho cuidado y las dejó en el balcón, al fresco de la noche. Se movían como un pececillo al que hubieran sacado a tierra firme. Al despertar, en el balcón había dos plantadoras nuevas, tan pequeñas que cabían en el cuenco de agua de lluvia que Sherezade dejaba para que bebiesen los pájaros que venían cada día a despertarla.

Las pequeñas revolotearon por aquel reino lleno de historias y aprendieron mil y un cuentos. Y, cuando estuvieron preparadas, volaron hasta dos rincones al otro lado del mundo, cruzando el mar. Las guiaban las luces que dos hombres tristes y solos encendían para avisar a los barcos de que se acercaban a tierra firme. Las luces de dos faros. Y allí, cada pequeña Sherezade, porque todas las plantadoras de historias nos llamamos desde entonces Sherezade, encontró a

una persona que parecía triste y sola, y hasta un poco enfadada, y se sentó a su lado a contarle historias.

Durante muchas noches, las plantadoras inventaron cuentos para los fareros. Y, cuando esos faros a los que habían viajado se llenaron de historias, ellas se cortaron las alas y las dejaron al fresco de la noche. Por la mañana, dos nuevas plantadoras, tan pequeñas como los cuencos en los que aquellos hombres guardaban las cerillas, revoloteaban en cada faro. Y crecieron rodeadas de mar y de historias hasta que, una noche, se cortaron las alas.

Así, durante mucho tiempo, las plantadoras de historias hemos habitado los faros del mundo contando historias a quienes se sienten solos y sacrificando nuestras alas para que más plantadoras vengan al mundo a poner una semilla de felicidad en quienes se sienten solos o tristes. O un poco enfadados.

Pero mientras la primera Sherezade se enamoraba del rey y le contaba historias, en el corazón de Nar anidó un odio oscuro y maligno, porque no fue capaz de asumir que aquella chica a la que había conocido en la fiesta de coronación se hubiera enamorado de otro hombre.

Dedicó años a espiarla, a quemar las flores que Sherezade cuidaba en el jardín, el arbusto junto al que el rey se había declarado, el columpio en el que jugaban sus hijos. Hasta que una noche la vio en el balcón del palacio, con el rey, ancianos los dos, despidiendo a las nuevas plantadoras. Y la rabia y la impotencia y el odio que le habían crecido dentro salieron por sus manos en forma de llamas que lo consumieron todo.

Mientras el pueblo lloraba a los mejores reyes que jamás había tenido, Nar juró sobre las cenizas del palacio, sobre las cenizas de Sherezade y del rey, que no descansaría hasta quemar a cualquier plantadora que hubiese en el mundo.

Por suerte, no encontró a las dos que habían nacido la noche en que Sherezade se cortó las alas. Pero dedicó lo que le quedaba de vida a intentarlo y, cuando estaba a punto de morir, le hizo prometer a su hijo que las buscaría.

Y así, durante mucho tiempo, más del que nadie tiene memoria, todos los descendientes varones de Nar recorren el mundo buscando a las plantadoras de historias para quemarnos las alas. Dicen que para evitar que engañemos a otros, pero, la verdad, tiene más pinta de ser una venganza idiota.